

Capítulo XV.

Donde Bartelomé comunica á su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados.

El gran butío Ainaibac empleó toda su influencia con Guacanajari para hacerle desistir de su propósito, para estimularle á que combinara sus esfuerzos con los otros soberanos, para inculcar en su pecho el odio que sentian hácia la raza europea.

El rey le desoyó.

Creyendo que el castigo le amedrentaria:

—Pues bien,—dijo Ainaibac,—parte tú solo; yo me quedo con los que quieren libertar á la patria del yugo extranjero.

Guacanajari volvió á Marien; pero muchos desus vasallos se quedaron al lado de los otros caciques, temerosos de que la maldicion del cielo cayera sobre los impíos que siguieron á Guacanajari.

La desesperacion de Caonabo fué inmensa, porque hábil político al mismo tiempo que valiente guerrero, comprendió que, separándose de él y de los demás caciques, Guacanajari no tendria más remedio que ponerse al lado de los españoles, y aumentando sus fuerzas y proporcionándoles viveres, tendrian que ser más desesperados los esfuerzos que hicieran para destruirlos.

En vista de esto, lo primero que determinó fué catequizar á los súbditos de Guacanajari para que le abandonaran, y hacerle objeto de su persecucion.

Muerta Flor de Palma, sin consuelo de ningun género, el sensible corazon de Guacanajari ansió por momentos recuperar en la pérdida amistad de Colon un alivio á sus desventuras.

Apenas llegó á Marien, dispuso que partiese una embajada suya á la colonia de la Isabela para enterarse del estado del almirante, anunciarle que deseaba celebrar una entrevista con él para mostrarle su arrepentimiento, implorar su perdon y establecer sobre sólidas bases la paz interrumpida entre los dos.

De todos estos sucesos estaban ignorantes los habitantes de la colonia, cuando se vieron sorprendidos por la llegada de los emisarios de Guacanajari.

Colon estaba todavía en el fecho.

Los medicamentos y los cuidados del doctor Chanca, la satisfaccion que experimentaba al ver cèrea de sí á sus hermanos, y sobre todo al saber que con su auxilio podia conseguir, gracias á su energia, que se cumpliesen exactamente sus órdenes, habia reanima-

do sus abatidas fuerzas, y continuaba en la convalecencia de una manera franca.

Llegó un momento en el que fué preciso revelarle la verdad de lo que había pasado.

Ninguno se atrevía por el temor que auguraba su situación.

Bartolomé se encargó de ello.

Aprovechando un momento favorable entró en su habitación, y mandando que le dejaran á solas con él, se resolvió á pintarle con vivos colores la situación en que se hallaba.

Ya habían hablado en otras ocasiones de su familia y de los acontecimientos que había llenado la vida de Bartolomé durante el tiempo de su ausencia.

El almirante había sabido por él la benévola acogida que le habían dispensado los reyes, el buen efecto que habían producido en el ánimo de sus majestades las cartas que les había remitido con Gorbalan y Juan de Aguado; pero no comprendía cómo, habiéndose aumentado las provisiones de la colonia, y reforzado el ejército con los soldados y marinos que habían aconpañado á Bartolomé, era tan grande la tristeza que revelaban en su semblante todos los que le rodeaban.

—¿Cómo te encuentras hoy, Cristóbal?—le dijo su hermano.

—Muy bien, Bartolomé: la Providencia se ha apiadado de mí; creo que muy en breve podré encargarme de la dirección de los negocios, y para entonces quisiera que, de acuerdo contigo, con nuestro

hermano Diego, con los demás individuos del consejo, y sobre todo con Alfonso de Ojeda y Pedro Margarite, que debe conocer la actitud de los indios, combinemos el plan para dominarlos suavemente, para llegar hasta las minas, extender por todo el territorio nuestra conquista, y realizar el plan de esta segunda expedición.

—Precisamente sobre todo eso quiero hablarte, y celebro que hoy te encuentres mejor, porque si he aplazado las revelaciones que hoy voy á hacerte, ha sido por temor de agravar tu dolencia.

—¿Pues qué pasa?

—¿Qué ha de pasar? ¡Desastres!

—¿Hay noticias de Pedro Margarite?

—No muy gratas por cierto.

—Explicate.

—Tú le diste la orden de que, al frente del ejército que mandaba explorara el departamento del Cibao, diese un paseo militar por toda la isla, y al mismo tiempo que nuestro poderío, pusiese en evidencia nuestra bondad, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Pues bien; tus órdenes han sido completamente desobedecidas.

—¿Es posible?

—Disgustado, sin duda, de recibir órdenes tuyas, alentado por algunos hidalgos descontentos, á quienes, según ellos, no les has tratado con toda la consideración que merecían, apenas te alejaste de la colonia para hacer un viaje de exploración, comenza-

ron á campar por su respeto, desobedecieron tus órdenes; en vez de escudriñar las montañas del Cibao bajaron á la Vega, se diseminaron en ella, saquearon las casas de sus moradores, ultrajaron á sus mujeres y á sus hijas, asesinaron cruelmente á los que se oponían á sus desafueros, y esta conducta, como es de suponer, ha indignado á los indios, exacerbando en ellos el ódio que nos profesan.

Por más que quería escuchar Cristóbal Colon con calma aquel relato, sentía arder la sangre en sus venas, y no pudiendo contenerse:

—Es necesario que envíes una orden á Pedro Margarite para que se presente ante mí.

—Sería inútil ese paso.

—¿Por qué?

—Escucha con valor la noticia que voy á darte.

—¿Ha muerto por ventura?

—Más le valiera haber muerto.

—¿Pues qué ha pasado? Habla.

—Ha desertado.

—¿Qué es lo que dices?

—Sí, temeroso del castigo á que se hizo acreedor con su infame conducta, él y los nobles sus secuaces, con la cooperacion del padre Boil, tramaron una conspiracion, que desgraciadamente han podido llevar á cabo, mientras nosotros, velando con ansiedad á la cabecera de tu lecho, solo pensábamos en devolvarte la vida.

—¿Por Dios, explícate! Estoy intranquilo.

—De acuerdo todos, compraron á uno de los pi-

lotos de las carabelas que yo he traído, y á favor de la oscuridad de la noche fueron á ella, y acompañados de Bernal Diaz de Pisa, á quien tenias preso, y de Alonso Velez de Guzman, cuya historia he sabido y me hace comprender su conducta, se dieron á la vela, no pudiendo notarse su falta hasta el dia siguiente.

—¿Se escaparon?

—Sí, han ido sin duda á España con el objeto de hablar mal de nosotros, de desprestigiarnos á los ojos de los reyes; pero tranquilízate: aun cuando nos calumnien, llegará el dia de la justicia y sufrirán el castigo que merecen.

—¡Oh! En cualquiera hubiera creído semejante felonía ménos en Pedro Margarite,—dijo Colon con amargura.—¡Yo, que le recomendaba á los reyes, que le he presentado como un modelo de subordinacion, de valor, que le he confiado el mando de las tropas, que le he distinguido con mi amistad!... El padre Boil tiene la culpa de todo; él le habrá catequizado.

—De cualquier modo, tranquilízate; no es de ellos de quien debemos ocuparnos, sino de nosotros mismos.

—¿Y el ejército?

—Sin jefe, sin disciplina, dividido en pequeñas bandas, ha continuado saqueando la poblacion de la Vega Real, encendiendo el ódio de los indios hácia nosotros; y ellos, cansados ya de sufrir tantas vejaciones, han roto las hostilidades.

Guatiguana, uno de los caciques tributarios de Guarionex en la Vega Real, ha obligado á perecer, en una casa india que incendió, á más de cuarenta españoles; otros muchos han muerto á manos de los indios al caer en los lazos que les han tendido.

Algunos se han refugiado en la fortaleza de Santo Tomás; otros han llegado á la colonia, y ya puede decirse que todo el país está en conflagración.

—Esas son las dolorosas consecuencias,—exclamó el almirante,—de la desobediencia. Yo no quería llegar á este extremo, porque al cabo sus fuerzas son superiores á las nuestras, y su causa, tratándose, no ya de hombres que vienen á traerlos la civilización, sino de foragidos que siembran el luto en sus hogares, es santa y noble.

¡Ah! Yo bien quisiera poder levantarme del lecho, reunir á los soldados que nos quedan, y enmendar las faltas que han cometido mis malos capitanes; pero no puedo.

Tú, Bartolomé, tú que comprendes los nobles sentimientos de mi alma; tú, á quien he conferido el cargo de adelantado mayor, reúne á los capitanes y los soldados, háblales en mi nombre, corre con ellos á tranquilizar á los indios, sé al mismo tiempo fuerte y benévolo, y recuperaremos lo perdido, porque si no, esos infames que han ido á calumniarnos, hallarán en la suerte que nos está reservada los medios de justificar su infame calumnia.

—La situación,—añadió Bartolomé,—es más difícil de lo que parece. Mi presencia no ha agradado

á los que se prometían, con tu enfermedad, reemplazarte en el mando de la colonia.

Me considerarán como un intruso, y aunque me temen, porque conocen que carezco de la bondad que hay en tu pecho, no es recurriendo á la fuerza como mejor se conduce á una reunión de hombres.

Los indios, al mando de Caonabo, han tratado de apoderarse de la fortaleza de Santo Tomás.

Alonso de Ojeda, que aún nos es fiel, y que es un bizarro capitán, ha defendido el fuerte y ha logrado con sus cincuenta hombres diezmar las filas de los indios y ponerlos en fuga.

Esta primera victoria de nuestras armas los ha obligado á retirarse á las entrañas del Cibao, y los caciques de la Vega Real, según las últimas noticias de los soldados que van llegando á la colonia, han apaciguado su ira.

Tenemos tiempo para que te restablezcas, para que puedas por tí mismo dictar las medidas que han de devolver al ejército la disciplina, á la colonia la esperanza y á nuestros enemigos el miedo que has sabido inspirarles desde el primer momento.

Tenia razón Bartolomé, y el almirante hizo lo posible para que aquellas noticias no contuviesen su mejoría, porque necesitaba á toda costa recobrar la salud y tomar por sí mismo las medidas salvadoras.

Conversando estaban aún los dos hermanos, cuando llegaron á anunciarles la llegada de los embajadores de Guacanajari.

¿Era aquello una extratagema?

¡El soberano de Haiti acudia á implorar su perdón para tenderles un lazo, ó impulsado á la vez por el remordimiento y por el temor, en vista de la derrota que habian sufrido las huestes de Caonabo, queria reanudar su amistad con él para librarse del castigo?

De cualquier modo, Colon consideró el deseo que le manifestaba por medio de sus embajadores como de buen augurio, y recibiendoles inmediatamente:

—Volved á decid á vuestro rey,—contestó á los embajadores,—que le perdono, que acepto su amistad, que no demore su venida; deseo hablarle y le espero con los brazos abiertos.

Los emisarios corrieron á participar esta orden á Guacanajari.

Capítulo XVI.

Reconciliacion.

La llegada de los embajadores de Guacanajari preocupó á todos los colonos, que, ávidos de saber el objeto de su embajada, se reunieron en la puerta del palacio del almirante con el objeto de informarse.

Colon llamó á su hermano y á los individuos del Consejo, y les participó lo que los indios le habian dicho.

Diego salió á comunicar á los colonos los deseos de Guacanajari.

Quería la paz, y aquello podia considerarse como un gran triunfo.

Al mismo tiempo, por orden del almirante, anunció el pregonero que, habiéndose enterado de la desercion de algunos colonos, y especialmente de Pedro